

Mar  
12  
Nov  
2019

## Evangelio del día

Trigésimo segunda semana del Tiempo Ordinario - Año Impar  
Hoy celebramos: San Josafat (12 de Noviembre)

# “Hemos hecho lo que teníamos que hacer”

## Primera lectura

Lectura del libro de la Sabiduría 2,23-3,9

Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de su propio ser; pero la muerte entró en el mundo por la envidia del diablo, y los de su partido pasarán por ella. En cambio, la vida de los justos está en manos de Dios, y no los tocará el tormento. La gente insensata pensaba que morían, consideraba su tránsito como una desgracia, y su partida de entre nosotros como una destrucción; pero ellos están en paz. La gente pensaba que cumplían una pena, pero ellos esperaban de lleno la inmortalidad; sufrieron pequeños castigos, recibirán grandes favores, porque Dios los puso a prueba y los halló dignos de sí; los probó como oro en crisol, los recibió como sacrificio de holocausto; a la hora de la cuenta resplandecerán como chispas que prenden por un cañaveral; gobernarán naciones, someterán pueblos, y el Señor reinará sobre ellos eternamente. Los que confían en él comprenderán la verdad, los fieles a su amor seguirán a su lado; porque quiere a sus devotos, se apiada de ellos y mira por sus elegidos.

## Salmo de hoy

Sal 32,2-3.16-17.18-19 R/. Bendigo al Señor en todo momento

Bendigo al Señor en todo momento,  
su alabanza está siempre en mi boca;  
mi alma se gloria en el Señor:  
que los humildes lo escuchen y se alegren. R/.

Los ojos del Señor miran a los justos,  
sus oídos escuchan sus gritos;  
pero el Señor se enfrenta con los malhechores,  
para borrar de la tierra su memoria. R/.

Cuando uno grita, el Señor lo escucha  
y lo libra de sus angustias;  
el Señor está cerca de los atribulados,  
salva a los abatidos. R/.  
Evangelio

## Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 17,7-10

En aquel tiempo, dijo el Señor: Suponed que un criado vuestro trabaja como labrador o como pastor; cuando vuelve del campo, ¿quién de vosotros le dice: "En seguida, ven y ponte a la mesa" ¿No le diréis: "Prepárame de cenar, cíñete y sírveme mientras como y bebo, y después comerás y beberás tú" ¿Tenéis que estar agradecidos al criado porque ha hecho lo mandado? Lo mismo vosotros: Cuando hayáis hecho todo lo mandado, decid: "Somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer."

## Reflexión del Evangelio de hoy

Los justos alcanzaran una eterna paz y misericordia

El libro de la sabiduría nos recuerda, en primer lugar, que el hombre fue creado incorruptible y es imagen de la misma esencia de Dios; en expresiones del Génesis nos diría que fuimos creados a imagen y semejanza de Dios. Mantener esa imagen o esencia se hace difícil porque mientras peregrinamos en la vida vamos deformando esa imagen de Dios en nosotros. El texto del libro de la Sabiduría nos dice que por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo. La muerte es sinónimo de lo corrompible, de lo corrupto, del mal, del pecado; la muerte en este sentido es la expresión de la total desfiguración de nuestra esencia, de la imagen de Dios; el diablo, que era el más bello de los ángeles, se ha desfigurado con su soberbia y quiere con su engaño hacer lo mismo con el hombre; el diablo es el que divide y busca al hombre para que se adhiera a él.

Los justos son quienes han luchado por mantener su esencia, la imagen de Dios, pero mantenerla les ha costado tanto hasta el punto que, como dice el texto, fueron probados "como oro en el crisol".

Ser buenos, mantener la bondad no es tarea fácil. San Pablo en su carta a los Romanos dirá: "no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero" (Rm 7, 19). Por eso necesitamos de una fortaleza que nos la da la confianza en el Señor.

Entonces se creía que la vida termina con la muerte física y, al ver que los justos sufrían tanto, no podían saber lo que sucedía después de su muerte ni imaginarse que la vida es aún incomparablemente más bella después de dar ese paso, del tránsito de la muerte, porque queda de manifiesto el bien que hicieron, como dice la lectura, sus vidas resplandecen con el Señor y, por su confianza en Dios encontraron la gracia y la misericordia.

En la liturgia de hoy tenemos el testimonio de San Josafat (1580-1623); el mártir que celebramos fue Arzobispo en Lituania, es el primer santo canonizado de la iglesia de oriente que trabajó por la unidad de ortodoxos y católicos con tanta fuerza y suavidad a la vez, que sus adversarios lo llamaban "ladrón de almas" y sufrió el martirio por los adversarios que lo rechazaban.

El salmo que hoy se proclama expresa el fin por el que fuimos creados y lo comprendió muy bien San Josafat que es el de bendecir a Dios en todo momento, en la prosperidad y en la adversidad siempre con la confianza de que el Señor nos escucha y no nos pedirá nada que no nos dé antes su fuerza para sobrellevarlo y que su imagen con la que fuimos creados nos configure con la de Cristo.

"Hemos hecho lo que teníamos que hacer"

En el Evangelio el Señor nos vuelve a hablar en parábolas y es necesario tener en cuenta que hemos de interpretar el texto en su contexto y con el estilo literario que se presenta. De no hacerlo así podemos sacar conclusiones opuestas a lo que quiere decir el texto ya que se podría concluir que ese amo es un déspota que se aprovecha del servicio del pastor o el labrador. Las parábolas dejan solo una enseñanza y éste es en lo que concluye: "somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer".

La parábola nos habla de la disponibilidad para el servicio que requiere de la humildad. La humildad es una virtud básica que nos ayuda a reconocer nuestra verdad, tenemos capacidades, talentos, virtudes y también defectos, limitaciones y pecado. Quien obra con humildad no se vanagloria de sus acciones ni presume de ellas, sino que se pone a disposición de los demás y el sólo el hecho de realizarlas da dignidad a la persona.

Para los creyentes, servir a los hermanos es seguir el ejemplo del Maestro. Cristo nos ha dado ejemplo de servicio, de humildad. El servicio del cristiano no solo debe limitarse a hacer lo que tiene que hacer, sino que puede ir más allá, hacerlo bien y lo mejor que pueda; que no sea un servicio mediocre sino hecho con amor porque lo hacemos por Cristo y lo vemos a Él en los hermanos. Todo lo que hacemos, aún lo más simple y sencillo hecho por amor tiene un gran valor para la expansión del Reino y también para nosotros mismos, puesto que repercute en nuestro propio bien.

¿Somos capaces de reconocer los dones que tenemos y ponerlo a disposición de los demás?



Noviciado Federal de la Inmaculada Monjas Dominicás  
Torrent (Valencia)

# San Josafat

En Polonia se había conseguido aceptar el Concilio de Trento en 1564, que había terminado el 4 de diciembre de 1563, lo que sirvió de base para la restauración católica del país, que luego fue consolidándose a lo largo de los veinte años siguientes. Cuando en 1580 nació en Vladimir (Polonia) Juan Kuncewicz, de padres fielmente ortodoxos, se fundaban en Polonia varios seminarios para las formación del clero, por iniciativa del primado Estanislao Karnkowski, que murió en 1603. Esta obra de renovación católica se completaba, gracias al rey Segismundo III (1587-1632), al que ayudaron en la tarea varios prelados y, sobre todo, los jesuitas, los dominicos y los basilianos reformados, con la unión de los orientales a la Iglesia de Roma en el sínodo de Brest en 1596, aprobados por el papa Clemente VIII. Los mtenos uniatas conservaron, después de la unión, su liturgia propia, su clero casado y sus costumbres orientales.

## De la ortodoxia al catolicismo

Poco después, Juan Kuncewicz se convirtió a la fe católica, adhiriéndose a la Iglesia rutena unida, después de abandonar el comercio en Vilna (Lituania), centro intelectual y religioso de los rutenos, que habían sido evangelizados por los griegos, los cuales, tras el cisma de Focio (siglo X), y Miguel Cerulario (1054), se habían separado de Roma para unirse a Bizancio.

Comprendió Juan que sólo los monjes, como ascetas y cultivadores de la liturgia, podían convertir a los hermanos rutenos, por lo que Juan ingresó en 1604 en el monasterio de la Santísima Trinidad que la Orden de San Basilio tenía en Vilna, tomando el nombre de Josafat. Ordenado sacerdote, con su amigo Rutki (metropolitano más tarde), emprendió la reforma de los basilianos. Además se dedicó a la predicación para convertir a los hermanos separados y publicó un libro apologético que recogía sólo textos eslavos en defensa de la unidad de la Iglesia (1617).

## Objetivo: la unidad de la iglesia

Fue ordenado obispo coadjutor del arzobispo de Pólotsk, a quien sucedió en dicha sede en 1617. En un país muy cercano a Moscovia, donde había muchos cismáticos, Josafat sintió que su vocación era la de difundir la fe católica entre los rutenos, por lo que trabajó infatigablemente por la unidad de la Iglesia. Buscó toda clase de argumentos que pudieran contribuir y confirmar esta unidad, sobre todo, estudiando atentamente los libros litúrgicos que usaban los mismos orientales separados. Celebró sínodos, en los que defendió con gran celo la ortodoxia católica y los derechos de los rutenos, unidos a Roma. Formó al clero, generalmente ignorante y sancionaba a los clérigos que se casaban en segundas y terceras nupcias. Restauró monasterios, y multiplicó sus catequesis al pueblo, para el que escribió un Catecismo elemental. Tenía tal capacidad de convicción y arrastre que llegaron a llamarle «raptor de almas» por las conversiones que conseguía con su palabra y con su vida. Él estaba convencido de que la fuerza de la unión estaba en los dones comunes de los cristianos como el bautismo, la Sagrada Escritura, la vida de la gracia, la fe y la caridad y una tierna devoción a la Virgen María. Sin embargo, todo ello le llevó a suscitar violentas reacciones en la nobleza mena, a la que privó de los beneficios eclesiásticos; en la burguesía, apegada al rito nacional, que temía la introducción de ritos latinos y también en el pueblo, indiferente a las cuestiones de jurisdicción teórica, pero refractario a la modificación litúrgica romana, considerada como una traición.

Estas resistencias partían del patriarca bizantino de Jerusalén, Teófanos III, que estaba de viaje hacia Ucrania en 1621, quien había hecho consagrar a un metropolitano y a algunos obispos cismáticos para todas las diócesis menas. Teófanos encontró en el gran canciller de Lituania, León Sapieha, un aliado contra Josafat, acusado de comprometer la paz social en un momento en que también Polonia, amenazada por los turcos y por Suecia, necesitaba la ayuda de sus grandes vecinos ortodoxos. Sin embargo, Josafat nunca quiso latinizar a los uniatas, pues él mismo no sabía latín ni quiso jamás renunciar a las costumbres eslavo-bizantinas ni a la religiosidad oriental. Él tenía muy claro que católico y latino no se identifican, aunque sus enemigos prefirieron no entenderle.

Josafat trató de disipar dicha acusación, defendiendo a los uniatas, pero perseguido a muerte por sus enemigos, los cismáticos fanáticos, que se habían impuesto en Vitebsk mediante una revuelta, fue bárbaramente asesinado en dicha ciudad por un grupo de sicarios, instigados por nobles y por disidentes griegos, cuando, después de celebrar los maitines en la catedral, volvió a su casa. En ella, defendió a sus familiares amenazados por los verdugos, y antes de morir les dijo: «Vosotros me odiáis a muerte, y yo os llevo en mi corazón y me alegraría mucho morir por vosotros». Era el 12 de noviembre de 1623, Su cuerpo fue arrojado al río Dvina, con un saco de piedras atado al cuello. Así rubricaba Josafat una de las páginas más dramáticas del ecumenismo. Ahora su cuerpo se puede venerar en la basílica vaticana bajo el altar dedicado a San Basilio, pero antes, rescatado del río, había sido sepultado en la catedral de Pólotsk; más tarde, en 1764 fueron inhumados en la iglesia local de los basilianos. Durante la Primera Guerra Mundial fueron trasladados a la iglesia greco-ortodoxa de Santa Bárbara en Viena y, finalmente, en 1949 fueron llevados al Vaticano.